

nonizacion, no son muy raras estas solemnés sentencias, y ninguna de ellas deja de caer sobre justificacion de milagros. Aun para llamar Santos à los Mártires no se dispensa la informacion de estos (1), despues de bien probada la legitimidad del mártirio. Este exâmen pareció algunas veces muy detenido à la impaciente piedad ò fervor de muchos (2). Juan Sareveriese se quejaba al Papa Alexandro III. por la nimia (como él llamaba) justificacion, que exígia para la canonizacion de Santo Thomás Cantuariense. Pero la Santa Iglesia conoce bien, que no sobra ningun cuidado para un negocio como éste, que estima entre los *mayores* (3). La hypocresía adultéra hoy mas que nunca la simplicidad de la antigua virtud, y por otra parte la maledicencia de los Incrédulos no duerme, por descubrir algo que reprehender en la Iglesia Cathólica, que es la columna de la verdad: con que es tambien necesario que ésta haya redoblado sus centinelas para cerrar las bocas de la Filosofia, de la malignidad, y de todos los que hablan cosas iniquas.

LXII.
Estas Bulas son libélos mucho mas solemnés que los antiguos de los Obispos.

De aqui resulta bien justificada la exístencia de los verdaderos milagros. En lugar de los antiguos libélos que daban los Obispos de los primeros tiempos, para comunicar à las Iglesias las fieles relaciones de estas maravillas, se pueden ver hoy las Bulas y procesos de canonizacion, que son unos libélos mucho mas solemnés y circunstanciados. En ellas se

(1) Apud. Acebed. cod. lib. 1. cap. 29. 30.

(2) Baron. ad an. 1173. num. 4. Apud citat. Synopsim lib. 4. cap. 5. num. 3.

(3) Id. de beatification. lib. 1. cap. 15. donde, y mas plenamente en la misma obra del Señor Benedicto XIV. pueden verse las Bulas de Celestino III. Innocencio III. y otros Pontífices, que llaman *divinos* à estos juicios: *divini potius iudicii quam humani opus.*

se verán (1) resurrecciones de muertos, iluminaciones de ciegos, curaciones de todas suertes de enfermedades. En ellas se demuestra que no solo en los dias de San Pablo, sino tambien en los nuestros hubo y hay aquellos hombres, de quienes el mundo no es digno. En dichos procesos se admira puesta en las manos, y bajo los pies de estos hombres humildes toda la accion de los elementos. El fuego respeta à San Juan de Dios en Granada, como en otro tiempo respetaba à los tres jovenes en Babylonia (2), y como perdonaba à San Policarpo, y à otros muchos Mártires en el principio de la Iglesia. Los rios y estrechos mas furiosos de mar han dado paso à San Francisco de Paula en Mesina, à Santa Maria de la Cabeza en el Jaráma, y à San Raymundo de Peñafort desde Mallorca hasta Barcelona. Lo mismo consta de San Pedro de Alcantara, de San Jacinto, y de otros Santos, que como unos Angeles ò Espiritus de Dios eran llevados sobre las aguas. Otras veces cayendo éstas del Cielo en mucha copia, no les tocaron, ni aun humedecieron la ropa; como se verificó en San Andrés Avelino; en Santa Francisca Romana, y en San Bernardo; quien escribiendo una carta, durante la lluvia, no sintió humedad en el papel. La multiplicacion de los panes, del aceyte, del vino se ha hallado en las manos de muchos Varones misericordiosos en innumerables casos que sería difícil referir.

Tt 2 §. V.

(1) In Bull. canoniz. SS. Raymundi, Francisci Xaverii, Philippi Neri, & in Bull. canoniz. S. Eduvigis à Ciem. IV. & SS. Thomæ Herfordiensis, & Francisci de Sales.
(2) Dan. cap. 3. & D. Chrisost. Homil. 12. in Genes. num. 3. Dominus quando vult, elementa omnia in contrariam mutat essentiam. Y Calmet allí, tiene por tan seguros estos milagros, aunque son de aquellos que se llaman *negativos*, que dice: *Ut imperitissimi quique de populo tuto de illis iudicare permittantur.*

De todos estos hechos prodigiosos hay documentos auténticos, formados à la vista de quantas cauciones, reservas y cuidados pueden desearse; de modo que antes de substanciar estos juicios, es oída la medicina, la Fysica, toda la Filosofía, la historia, la crítica mas sevéra, la prudencia humana; y todo esto se dá por vencido, para que triunfe la omnipotencia de Dios, que puede solamente hacer estas grandezas.

LXIII.
Varios milagros que testifican Carracioli y Arnaldo, cada uno en su tiempo.

„ ¿ Tenemos, pues, verdaderos milagros, obrados en nuestros días? Asi pregunta un Cathólico Caballero y célebre Escritor; à lo que responde: el „ de Madama la Fose, esta muger, afligida de un „ flujo de sangre, que todo París ha visto y conocido, „ se halla revestido de todas las pruebas. Ella fue curada (1) repentinamente en la procesion del Santísimo Sacramento. Y este prodigio, testificado por „ los Médicos, por el Arzobispo, y por una multitud de testigos de toda edad y condicion; este milagro, que los mismos Protestantes han confesado; este milagro, à cuya memoria se ha dedicado una inscripcion en la Iglesia de Santa Margarita, y cuya relacion se renueva todos los años, no „ es una señal brillante de que la Religion, siempre „ la misma, es fecunda en prodigios, sin agotarse „ jamás la Omnipotencia? “

El Doctór Arnaldo, en su Arte de pensar, hablando de las historias ciertas, à quienes falta la no-

(1) Carraciol. de langage de la Religion, pag. milii 92.

toriedad, y de las falsas que se publican muchas veces como ciertas (diferencias que (1) hizo primero San Agustin); refiere un caso prodigioso de sus dias, y añade, que estaba bien asegurado de él. „ Pocas personas (dice) saben el milagro sucedido en nuestro „ tiempo en Faremontier en la persona de una Religiosa ciega, de tal calidad, que apenas le quedaba la forma de ojos; la qual recobró la vista en „ un instante por el contacto de las reliquias de San „ Farés como yo lo sé, y me consta de una persona, „ que la vió en ambos estados. “

Duran en las Cortes y Ciudades mas frequentadas del mundo estas maravillas que se repiten cada año en la liquacion de la sangre del Santo Mátyr y Obispo Genaro, y de San Pantaleon. Aquella en Napoles, y ésta en Madrid, à presencia de un inmenso concurso. Pero aunque Dios no hiciera estas maravillas en medio de unos pueblos Christianos, no deberiamos estrañar semejante falta. Los milagros como se dijo al principio, se dieron para los que no creyeron. Quando el Universo estaba cerrado en la incredulidad, fue conveniente que Dios abriese su dureza, y su carcel con el trueno de estos portentos. Pero en habiendo las naciones creído, no se deben tantos socorros à nuestra flaqueza. Entónces eran los hombres como unos niños recién nacidos, y necesitaban de leche para nutrirse. Asi como la leche de leyta, se come sin trabajo, y sin la obra de los dientes dá à gustar la suavidad que tiene; del mismo modo

LXIV.
No se nos deben hoy tantos milagros como suceden.

(1) Etiam nunc sunt miracula... sed non eadem claritate illustrantur. D. Aug. de Civit. lib. 22. cap. 8. init.

modo (dice San Chrisostomo (1)) las maravillas de Dios no ponen algun trabajo en el que las mira, sino antes deleytan con su admiracion, y traen blandamente à los hombres al fin de creer.

LXV.
La leche solo es debida à los infantes y debiles.

Es digno de notarse, que el Autor de la naturaleza no pone leche en las madres, sino durante que los hijos son pequeñitos. Quanto ellos crecen, y crian dientes, se enjugan y secan los pechos: esta comida los haria languidos, y mantendria siempre niños. Es necesario destetarlos à tiempo, y darles à comer alimentos mas sólidos. La misma economía sigue el Autor sobrenatural, que no es otro que el natural en la educacion y formacion de los fieles. En habiendo nacido las naciones del seno de la Iglesia, y hechoso christianas, y robustas, no son ya necesarias en el centro de la Religion aquellas avenidas de milagros, con que deleytaba à sus hijos, y los consolaba, quando eran tiernos. Ahora tiene doctrina sólida en el Evangelio; misterios cerrados en la Ley y en las escrituras; y Sacramentos llenos de gracias diferentes para todas las necesidades del alma. Pues no hay necesidad de mas; ningun otro milagro hace falta para ser inescusables de no creer, y crecer en fé y en obras de vida eterna. Pero como su fecundidad es inagotable, tiene siempre esta leche para los que le nacen de nuevo.

LXVI.
En las recientes Iglesias de America se vieron florecer los milagros.

En las partes del nuevo mundo no pudieron faltar, ni faltaron milagros que confirmásen el Evangelio anunciado de nuevo. Y sin duda, hubieran sido mas, si todos los enviados entráran à anunciar

(1) Chrisostom, Homil. 38. in Matt. 21. Sicut lac sine labore, & sine operum manducatur, & manducantem suavitatem suam delectat: sic & mirabilia nullum laborem videntibus ponunt, sed videntes admiratione delectant, & ad fidem molliter irritant.

ciar la palabra de Dios, solo confiados y sostenidos por la virtud de la cruz, y no por el poder de las armas, aunque Cathólicas. San Francisco Xaviér hizo ver en la India y en el Japon à un nuevo Apóstol, por sus trabajos, por sus prodigios, y por sus frutos. Aun duran semejantes hechos.

En la China, en la Provincia de Xanti se tomó informacion exácta de la milagrosa resurreccion que sucedió el año de 1734; y puede verse con otras relaciones de milagros bien circunstanciados, en el quarto libro de la obra del Señor Benedicto XIV. *de beatificatione & canonizatione servorum Dei*. Todos los quales han sucedido en estos tiempos en varias partes del Orbe de la tierra.

§. IV.

Pero quando los incrédulos cierran apretadamente los ojos para negar quanto ha visto todo el mundo, no podrán escusar, ó negar en sí mismos un milagro de insensatez, no advirtiendo que este mundo (1) fue, y es el triunfo y la victoria de la fé. Nada ha podido detener el progreso de este dia de Christo. Por mas que resistiesen los Emperadores, los Filósofos, los Oradores, los Magos, la fé iba creciendo y estendiendose por grados desde el Oriente hasta el Occidente. Las máquinas, las persecuciones, los decretos, la Filosofia, la Mágia, y demás artes diabólicas, todo se disipó. El Universo se rindió delante de la virtud de la Cruz, y de una doctrina, que en todo contradice à la codicia, à las pa-

LXVII.
Milagro de la conversion de todo el mundo al Crucificado.

SIO-

(1) D. Aug. de Civit. lib. 22. cap. 5. Quisquis adhuc prodigia ut ereuat, inquit; magnum est ipse prodigium; qui mundo credente non credit.

siones, à las idéas y pretensiones del mundo, y à los empeños de Satanás. Pues si esta magnífica mudanza se ha hecho sin milagros, ¿qué mayor milagro? Entonces tendrán los incrédulos que confesar en honor del Evangelio una maravilla, que excederá por (1) si sola à todas las otras maravillas juntas.

LXVIII. No tienen comparación las revoluciones de las sectas, sino como la que hay, entre caer los graves hácia la tierra, ò levantarlos para el Cielo.

Este argumento no se puede resistir con el exemplo de ninguna secta, por mas presto que haya cundido. Mahoma, Lutero, y todos los inventores de falsas religiones han pervertido muchas Ciudades y Provincias. ¿Pero en esto qué hay de particular, ni milagroso? ¿Nos admirariamos, ò llamariamos milagro à que en el sacudimiento de todo un País los edificios se desplomasen, y las piedras de las torres viniesen de arriba para abajo? En esto nada hay de amirable. Si las piedras subieran desde el suelo à los muros y cumbres de los edificios, y se eleváran contra su inclinacion para edificar las Ciudades, esto sería un gran milagro. Tal es justamente la comparación que cabe entre la mudanza que hizo en todo el mundo la Religion Christiana, y las profanas novedades que han introducido despues las falsas religiones. Estos no han hecho sino derribar. Han dado empujo à la inclinacion de las pasiones humanas, para que se derribasen en todos los placeres y deleytes sensuales. Para esto no era menester hacer muchos milagros; ni tener una eloqüencia muy limpia y dorada. Mas para levantar del suelo à todos los corazones humanos que se habian hecho como de plomo, y elevarlos al deseo de las cosas

(1) D. Thom. Lib. 1. contr. Gent. cap. 6. Esset autem omnibus signis admirabilibus, si ad credendum tam ardua, & ad operandum tam difficilia, & ad sperandum tam alta, mundus absque mirabilibus signis inductus fuisset à simplicibus & ignobilibus hominibus.

soberanas; qu é máquinas, ò qué fuerza no era necesaria? Una virtud divina y mas prodigiosa que la que se ha empleado en todos los milagros. Pues este es un hecho tan notorio como el mismo mundo, y ca da vez se hace mas manifesto. Porque en nuestro s dias obra la virtud del Evangelio entre las nuevas naciones semejantes progresos à los que hizo entre nosotros en el principio. La idolatría cesa entre los Americanos è Indianos, las supersticiones pierden en tre ellos su estimacion, sus Idolos son dados à la polla y al fuego, sus Oráculos callan, y su rudeza y barbarie se rinde à la virtud de una Religion, cuyos difíciles mystérios, cuya moral dura y austera no dejan de ponderar los Filósofos.

LXIX. Passage de San Agustin que con- cluye.

Este argumento lo hacia San Agustin à los Infieles de su tiempo (1). Con que (por conclusion) ò la Religion Christiana ha sido anunciada con milagros, ó sin milagros: si con milagros, tenemos el intento contra los Filósofos, y aun prueba de la divinidad de Jesu-Christo: si niegan los milagros, nos conceden un milagro mayor que todos los que niegan, y que no prueba menos la virtud irresistible de la palabra del Evangelio. Y en todo caso se nos demuestra que este Evangelio no pudo ser revelado y enseñado sino por la misma divinidad.

Tom. III. Vv. AR-

(1) De Aug. orat. contra Infidèles. Cum constet Romanum Imperium, universumque Orbem tot potentibus viris, Philosophis, Oratoribus refertum, Christi doctrinæ ante repugnantem, ad eam postmodum fuisse conversum: quæro an virtute signorum & prodigiorum, ab antiquis ritibus, diuque observata Religione, in hanc novam & inauditam sic hæc facta mutatio? Si fateberis mundum ad hanc persuasionem tractum fuisse vi miraculorum, quibus contradicere nequam poterat, fateri oportebit à Deo Auctore miraculorum, & qui facit mirabilia magna solus, Religionem hanc processisse: sin autem negas ullis miraculis mundum ad hanc recipendam fidem, fuisse provocatum negando miraculis, ingens miraculum ingeris. Quid enim potest dici mirabilius quam Romanum Imperium, totamque Gentilitatem, Religionem quam tam acriter impugnabant, subvertere que moliebantur, desertis paternis ritibus, nullius visis signis, mirandisque operibus, sponte suscepisse, & in ea retinenda tam constanter fuisse.